

**J**AMAS un astrólogo había alcanzado una popularidad pareja. Tanto los ministros como los funcionarios, los jefes de empresa como los obreros, mujeres y hombres de cualquier edad que pretenden saber lo que el futuro les reserva, acuden a su consulta... Es un fenómeno en la era en que el hombre comienza a pasarse por la Luna como Pedro por su casa, en un país que se dice superdesarrollado. Mme. Soleil (la Señora Sol) triunfa.

La «cosa» empezó hace un año aproximadamente: Europa Núm. 1, emisora comercial francesa, lanzó a las ondas la voz (una voz penetrante y convincente) de Mme. Soleil; el éxito fue inmediato e increíble, millares de personas se disputaban el «honor» de poder confiar sus problemas, económicos, de salud, financieros, sexuales, a esa voz desconocida hasta entonces y cuyo atractivo nombre, Mme. Soleil, les había cautivado. Meses más tarde, en el curso de una conferencia de prensa, incluso el Presidente de la República Francesa, Georges Pompidou, citaba a Mme. Soleil: «Je ne suis pas Mme. Soleil», y con esta frase reconocía que él no podía resolver todos los problemas al igual que la astróloga, que ha absorbido la popularidad de los Delon, Bardot, Anquetil, etcétera.

Sociólogos, profesores, médicos, gentes de los medios intelectuales más elevados, de izquierdas y derechas, se interrogan sobre este fenómeno... ¿Qué pasa? ¿Quién es Mme. Soleil? ¿Cuál es la causa de su éxito? Tal vez, lo que cabría preguntarse es: ¿Se han vuelto locos los franceses?

Mme. Soleil, tras dos semanas de persecución continua, de llamadas, de cartas, de idas y venidas, de consultas no precisamente astrológicas a Europa Núm. 1, a la Editorial Fayard (que acaba de publicar un libro autobiográfico de Germaine Soleil) y, por fin, a su «attaché de presse», nos ha recibido... Estoy seguro que hubiera sido más fácil contactar a Pompidou, Chaban-Delmas o incluso a Johnny Hallyday, que ya es decir... No; no me recibió en su domicilio, sino en el de su encargada de relaciones públicas, un piso muy burgués, en un barrio medio, en el que residen, sobre todo, jubilados y rentistas, el 14; Brigitte, mi fotógrafo y yo llegamos con antelación, no quisimos subir antes de la hora de la cita... De pronto, un 404 furgoneta, blanco, conducido por un hombre de rubia barba, junto al que se sentaba, toda vestida de negro, ella; Mme. Soleil! El vehículo se detuvo frente al portal, una mujer, obesa, sin maquillar, teñidos los cabellos con cierta severidad, de ojos penetrantes, de pequeña estatura y con un aspecto sumamente vulgar, bajó del coche. «Es ella», le dije yo a Brigitte. «Sí». Nos miró, supo quienes éramos, pero siguió su camino hacia las escaleras, ignorándonos totalmente.

Terminamos de fumar nuestros cigarrillos y, finalmente, decidimos

subir, porque sabíamos que la interesada estaba ya en el lugar de la cita... Pero Mme. Soleil, después de cinco minutos de ascensión a un cuarto piso, aún estaba en el tercero... Correctamente, le dije: «Madame, ya sabe usted quiénes somos. ¿Es aquí o más arriba?». «No, es en el cuarto... Pero a mí las escaleras me baldan».

Por fin, nos encontramos en un coqueto salón, en el cual unos cuadros seudofigurativos, de no recuerdo quién, querían dar un ambiente de astrología a la «nouvelle vague», mientras que en el otro lado un árbol de Noél conmemoraba la fecha recién pasada... Mme. Soleil reposaba su cuerpo en un sillón, mientras puntualizaba con su «public relations» fechas y horas para sus quehaceres cotidianos... Nosotros éramos un poco ignorados, bien que, no obstante, presentes...

Tras esos devaneos profesionales, la atención de la astróloga más famosa de Francia se centró sobre nosotros...

—Y bien... Estoy a su disposición...

Mi preámbulo fue corto, porque ya lo había dicho todo durante los preliminares que anteriormente expliqué... Además, ella lo sabe todo de antemano... Así, pues, fui directo al grano:

—¿Cómo explica usted ese fenómeno que usted representa en Francia, ya que no se puede negar que, hoy en día, es usted el personaje más popular de Francia?

Mme. SOLEIL.—He llegado a este fenómeno, como usted dice, pero después de haber pasado por otros

disposición del gran público para responder a los problemas que se le exponían. Son millares de personas las que cada día telefonan, hacen preguntas, cuentan sus casos; yo escojo de entre ellas algunas y respondo. No cabe la menor duda de que la popularidad de mi programa es consecuencia de que vivimos en una época agitada, incierta, en la que las gentes pretenden asegurarse, compartir sus preocupaciones y dificultades. Antes contaban con los sacerdotes, los notarios, los abogados, los médicos (con éstos, algunos siguen contando). Pero lo que pasa es que, actualmente, hay una crisis de confianza hacia esas gentes, y en esta época yo respondo a una necesidad general, asumo el papel del cura y de todos los demás, en el aspecto de que les explico su conducta e intento conducirlos hacia una cierta moral que puede ser la mejor para ellos... Para los que la pueden seguir, puesto que no todos pueden tomar el mismo, naturalmente. Pero además de representar para las gentes que me consultan el papel de cura, abogado, médico, etcétera, el que verdaderamente desarrollo y de manera profunda es el de la amistad.

—Madame Soleil, ¿cuál es el nivel medio de las personas que acuden a usted para conocer sus rasgos característicos?

Mme. S.—Todos. Primeramente, mis emisiones pasaban entre las catorce y las quince horas; naturalmente, a esas horas las gentes trabajan; por lo tanto, solamente las amas de casa podían consultarme. Ahora, mi emisión se radia entre

bierna, veo si es lógico en función, de la personalidad que se enfrenta a mí. Y, además, está la voz de la persona. La voz, para mí, no es simplemente la modulación estética, es una información vibratoria. Cuando usted se expresa, tiene una voz que vibra, que emite vibraciones distintas según se muestre irónico, angustiado, nervioso, inquieto, enfermo, etcétera. Y yo percibo esas vibraciones... Gracias a esa perceptibilidad puedo descubrir si mi interlocutor pretende engañarme o, realmente, el problema que me expone le preocupa de verdad.

—¿Dónde encuentra usted las palabras para convencer a las gentes que acuden a usted de buena fe?

Mme. S.—En mi corazón.

—¿Cuáles son sus relaciones con psicoanalistas y psiquiatras?

Mme. S.—Algunos de ellos, cuando el trabajo les fatiga en exceso, acuden a mí para hallar la solución a problemas que les preocupan. Esas son mis relaciones con ellos.

—¿No la acusan de competencia?

Mme. S.—¿Por qué razón? Yo no privo a nadie de que vaya al psicoanalista, y, por el contrario, si alguno de ellos quisiera trabajar conmigo de una forma honesta, yo no tendría ningún inconveniente... No veo, pues, en qué forma yo les podría hacer la competencia.

—¿Cómo llegó usted a la astrología?

Mme. S.—No llegué, nací con ella... Ya he dicho muchas veces que mi abuelo y mi padre eran fervientes astrólogos.

—¿Cuántos verdaderos astrólogos hay en Francia?

# MME. SOLEIL, ORA

muchos... Lo cierto es que mi notoriedad ha sido llevada a las ondas, las cuales son un medio que permite darse a conocer mucho más rápidamente que a base de conferencias o publicaciones. Y como la astrología interesa a gran número de personas, la radio ayuda a que se convierta en fenómeno. Si no existiesen estos medios modernos de difusión, yo sería una mujer conocida en un pequeño círculo, pero no habría obtenido este enorme impacto frente al gran público.

—Es evidente que son los micrófonos de Europa Número Uno quienes la han hecho popular. Sin embargo, no es la primera vez que un astrólogo habla por radio, y jamás obtuvo la popularidad de que usted goza.

Mme. S.—Creo que a este nivel es la primera vez. Ha habido otras misiones que estaban cerca de la astrología, pero creo que en Francia es la primera vez que de una manera regular se ha puesto a la

las doce de la noche y la una de la madrugada. Desde que tengo este horario son muchos los hombres que llaman. En mi clientela hay médicos, ingenieros, jefes de empresa, hombres políticos y, sobre todo, lo que aquí se llama «cuadros». Hay también gentes sencillas, campesinos... Es todo un muestrario, que podríamos equiparar a lo que se llama la masa. Pero no crea que entre esa clientela no hay industriales, intelectuales y gentes que pretenden poseer altos conocimientos y que, por trampa, burla, curiosidad o «esnobismo», vienen a consultarme.

—¿Y cómo se las arregla usted para descubrir a las personas que pretenden burlarse de usted, es decir, tomar a broma su trabajo?

Mme. S.—Porque a través de mis estudios astrológicos poseo una serie de datos que corresponden al carácter de la persona que me consulta; sé cuáles son sus cualidades y sus defectos, conozco su carácter... Y cuando me plantea su pro-

Mme. S.—Eso no se lo puedo decir. Ni tan siquiera sé cuantos hay falsos, de modo que no puedo saber cuántos hay verdaderos... Lo que sí puedo decirle es que yo conozco tres o cuatro, de los que no puedo dar los nombres, que son gentes honradas y que su honestidad está fuera de dudas.

—Los astrólogos, Madame Soleil, se han visto acusados por los sociólogos y médicos en que basan su ciencia única y exclusivamente en los astros, no teniendo en cuenta las posibles influencias hereditarias, de educación, de nivel, etcétera. Por ejemplo, supongamos que dos individuos nacen el mismo día en la misma ciudad y a la misma hora, pero de distinta madre... ¿Serán ambos iguales en lo que a carácter se refiere?

Mme. S.—(Se ríe) Por favor; no, claro que no serán iguales... Tal vez tengan una parecida forma de vivir, los mismos gustos en literatura, música, cine, deporte... Pero



años es un noviazgo largo... Es tan maravilloso, a sus edades, haber conservado el ardor de sus cuarenta años, que no creo que deban seguir rechazando esa ofrenda que les hace el destino. Además, usted es libre y su amigo viudo, ¿por qué no regularizan su amor? Piense en ello, señora».

»Nunca más la volví a ver, lo cual es un buen signo, ya que más tarde supe que se había casado y vivía en perfecta armonía con su nuevo esposo. La verdad es que estoy muy satisfecha de haber contribuido a estas bodas de vieja plata... Era una plata magnífica...

Me interrogo sobre la veracidad de la historia... No sé si Mme. Solell lo nota.

—Por último, Madame Solell, ¿quiere hacernos una predicción para mil novecientos setenta y dos?

Mme. S.—Yo no doy nunca mis previsiones. PREVISIONES. Por favor, no me hable de predicción ni de videncia. La videncia es algo que a mí no me agrada, ya que es un fenómeno muy curioso. Es cierto que existen fenómenos de videncia, pero no creo que un vidente pueda serlo de ocho de la mañana al mediodía y de dos a seis de la tarde, a petición de los interesados. Es un estado receptivo tal, que no puede ser dirigido como uno quiere. Ya que su entrevista conmigo es para España, podemos hablar de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz; yo no creo que estuviesen en estado de videncia y éxtasis permanentes, ni tampoco cuando ellos querían, sino cuando «alguien» quería que así fuese; no dependía de ellos. Pueden existir dones proféticos, tal como dice el Apocalipsis: «Al final de los tiempos pondré mi espíritu sobre mis hijos e hijas y ellos profetizarán». Yo no soy vidente ni hago videncia por previsión simplemente, por meteorología astrológica; si usted quiere, puedo decirle que mil novecientos setenta y dos será un año de caos. Será un año en que todo será puesto en evidencia, pero no es solamente mil novecientos setenta y dos, sino toda la década del setenta al ochenta, que, o bien desembocará en otros conceptos universales o, de lo contrario, será la catástrofe.

Y eso fue todo. Mme. Solell sigue augurando a los franceses su futuro todos los días, de medianoche a una de la madrugada; parece que va a hacer una película, su libro se vende como rosquillas, su firma se cotiza y cuando un semanario consiguiera su exclusiva, su trada aumentaría de forma impresionante. Un amigo neuropsiquiatra del hospital de Santa Ana, de París, me explicó así el fenómeno: «Mira, las gentes están presas en el caparazón de la vida que les rodea. Padece de angustia, quiere huir, quiere soñar. Los médicos y psiquiatras, por convicción, somos realistas. La persona que acude a un astrólogo o a un vidente, en realidad no va para conocer su futuro. Empujado por su subconsciente, acude a ellos en busca de un poco de fantasía, de esperanza, de sueño, quizá...» ■ EUGENIO DOMINGO. Fotos: BRIGITTE GROSHE.

# CULO DE FRANCIA

siempre existirá esa diferencia básica que es la personalidad... Mire, yo creo que la astrología debería ser tolerada por la Iglesia, ya que no es una ciencia de predicción, en primer lugar; la astrología define simplemente todo aquello que a nadie está prohibido: «Conócete a ti mismo»; no creo que la Iglesia haya estado nunca contra ese precepto... Y volviendo a su ejemplo, le diré que la astrología, como todas las ciencias, a veces también se equivoca..., no somos infalibles, ni lo pretendemos...

—En el libro que acaba usted de publicar expone algunos ejemplos realmente curiosos. ¿Quiere usted explicarnos el de la abuela?...

Mme. S.—Sí usted quiere... Apareció un buen día en mi consultorio; era una señora que tendría algo más de sesenta años. Viendo su linda piel y la finura de sus rasgos se adivinaba que había sido una bella mujer. Después de desarrollar su tema astral, al no encontrar

en él ni problemas económicos ni de salud, le pregunté cuál era el motivo de su preocupación, pensando que se trataría del futuro de sus hijos o nietos... En su quinta morada pude entrever algún que otro jaleo sentimental, pero, dada su edad, pensé que eran cosas pasadas... «Señora —le dije—, usted perdió a su marido y, más tarde, estuvo en relaciones con otro hombre durante unos diez años; este hombre también desapareció. Después, otro hombre se ha interesado por usted, y como usted guarda una rara juventud, él tiene por usted sentimientos de tierna afección... Es lo que se podría llamar una amistad amorosa, ¿me equivoco?».

»Si solamente fuera una amistad... Conozco a ese hombre desde hace tres años, y es la razón por la que he venido a verla... No sé qué hacer... no sé qué partido tomar, ya que nuestra amistad no le basta, quiere que me convierta en su amante. Esta perspectiva me in-

quieta. Yo tengo nietos, uno de ellos que ya está estudiando para ingeniero... Si cedo, ¿cómo me juzgarán?».

Madame Solell me mira directamente a los ojos, y luego sonríe evocando la escena.

Mme. S.—¿Se da cuenta? Qué frescura de corazón y de alma. Realmente, admiré a esta juvenil abuela que se dejaba cortejar, pero que no se atrevía a franquear la frontera del amor por temor a ser considerada como una coqueta, por ese hombre de setenta y un años, que asimismo había conservado todo su verdor y quería conocerla de forma absoluta, en el sentido bíblico de la palabra...

La astróloga me mira nuevamente para ver el efecto que hacen en mí sus palabras. Yo la observo inexpresivo.

Mme. S.—Señora —le dije—, veo que daría usted tanto placer a su amigo y a usted misma, que sería cruel el seguir aplazándolo. Tres